

# LA VERDAD

Leí los papeles que me entregó uno de sus hijos, el menor, el que más se había interesado por la biografía que yo estaba escribiendo. Consulté la hemeroteca, encontrando aquí y allá algunas nuevas referencias de utilidad. Ella había muerto muchos años atrás y por eso su vida privada tendía a desdibujarse peligrosamente ante mí: sus viajes, sus éxitos artísticos y sus escritos ocasionales resultaban perfectamente accesibles, pero es obvio que una buena biografía debe ofrecer algo más que el registro de los hechos públicos de una persona. Llevaba ya más de seis meses trabajando en la obra y eso me preocupaba: el libro sobre Juana Solórzano parecía destinado a quedar así, empobrecido por la falta de vigor, vacío de pasiones, demasiado distante y objetivo.

El teléfono, una mañana, me trajo un inesperado golpe de suerte: la señora Lucila Perrier de López Ayala, próxima a cumplir sus noventa años, se compadecía de mis trabajos y me hacía saber que accedía a entregarme la colección de sus cartas privadas. Ella había vivido en París casi todo el período de entreguerras, manteniendo una correspondencia constante con quien fuera su confidente y amiga, la verdadera compañera de su primera juventud. A los dos días un mensajero trajo hasta la oficina una caja, una sombrerera, que yo abrí con el impudor de la impaciencia. Había tres grandes fajos de cartas, cada uno de ellos atado con cintas de seda de diferente color, y una pequeña carpeta de tapas de cuero rojo.

En los siguientes días, luego de clasificado el material, procedí a leer esa colección verdaderamente sorprendente. Juana Solórzano aparecía ahora ante mí tal como había sido, una creadora impulsiva que mantenía un exterior calmo, una amante intensa aunque poco locuaz, una débil mujer atormentada por los fantasmas del fracaso.

Sólo una semana después me detuve a examinar el contenido de la delgada carpeta. La había desechado al principio porque en ella sólo había algunos pliegos de fino papel, casi todos en blanco, con unas pocas anotaciones sin título ni destinatario. El primer pliego copiaba, sin imaginación, un famoso poema de Kipling. En el segundo, la misma caligrafía ordenada que ya me era tan familiar, había anotado una fecha B26 de abril de 1933B y estas palabras perturbadoras que parecían dirigidas directamente hacia mí:

*Nunca sabrás la verdad, para eso escribo.*

*Para contar lo que quiero que sepas o, mejor dicho, que recuerdes; para que no se mencione nunca aquello que yo sé, lo que no puede ser narrado o conocido por otros.*

*Dirás, entonces, y para qué leer una mentira? Puedes dejar de leer, es cierto, y nada perderé. Tú quedarás sin embargo, perennemente, con la duda. Pensarás, en algún*

*momento seguramente lo pensarás, que en el fondo digo que miento porque quiero encubrir una verdad que no puedo decir de otro modo. Que esto que voy a decir es cierto, pero que por alguna razón debo disfrazarlo con una máscara, para que sólo los muy sutiles Blos que adivinan los signos aun por debajo de otros signosB alcancen a comprender. Por último, cómo puedes saber que estoy diciendo la verdad, que no me engaño a mí misma?*

De todos modos, varios meses después, concluí la biografía. Y, aunque hoy me elogian bastante por el libro, yo trato de hablar lo menos posible acerca de Juana Solórzano. Me siento un poco vulnerable cuando lo hago.

*Carlos Sabino*

*Caracas, 1983B1990*